

De actualidad



Gabilla y no nación

No sabemos si es cuadrillero honorario—de la nueva Santa Hermandad ¡claro!—, o miembro—¡y tan miembro!—de algún somatén o requeté el "fascista" que nos escribe sobre el deber patriótico de predicar la cruzada marroquí. El se llama "español a secas"—a mojas son los que se desangran en el Rif—y se dice "nacionalista"; pero su lógica es de "fascista". Nos dice, es cierto, que el reino y sus altas instituciones le tienen sin cuidado, que se le da un bledo de eso que solemos llamar el régimen, que él solo busca el bien de la nación. Pero la nación, tal y como nos la pinta, es un "fascio", un haz, una gabilla.

Es el porvenir de España como nación independiente, como potencia mundial, como pueblo histórico con una misión universal que cumplir, es la civilización española lo que se está jugando—así; "jugando", dice—en Marruecos, según nuestro "fascista". Que se revuelva contra los que llama sofismas sentimentales del internacionalismo pacifista. Y sale a relucir, ¿cómo no?, lo de que si abandonamos el Rif lo ocupará Francia, y que Tánger puede convertirse en otro Gibraltar.

La nación española es para nuestro reprobador un "fascio", un haz, una gabilla. Su estado íntimo no importa nada. "Mejorará interiormente cuando se afirme en el exterior"—nos dice. Y nos habla de "la unión sagrada"—ante el enemigo común. Que es ¡claro! el extranjero.

Eso de considerar a una nación como una especie de sindicato de resistencia y de presa nos ha parecido siempre de una inhumanidad flagrante. El sagrado egoísmo nacional un pecado contra la humanidad. Y un principio disolvente ese de que las naciones que se reputan a sí mismas civilizadas tengan el deber de "proteger" a las que califican de no civilizadas. Pero aun dentro de este criterio de hipócrita rapacidad imperialista cabe distinguir.

Un haz o gabilla, y no una nación era aquella Compañía catalana que a fines del siglo XIII fundaron el Ducado de Atenas, y de cuyo paso por Grecia quedó en el románico ático, en la lengua vulgar de la Atenas medieval, el triste sentido de la voz "catalano". Luego, tres siglos y medio después, cuando lo de los "segadores", contaba D. Francisco Manuel de Melo, el portugués, lo que eran aquellas bandas que infestaban a Cataluña. Una de éstas, la del famoso foragido—lo había sido el Cid—Roca Guinarda, el Roque Guinart con que topó Don Quijote yendo a Barcelona.

Pero la de Roque Guinart era una República a sí misma bien concertada, en que se repartía el botín con tanta legalidad y prudencia que no pasaba un punto ni se defraudaba nada de la justicia distributiva, de tal modo, que hubo de decir Sancho: "Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones." Y es que Cervantes admiraba la disciplina, hija de la justicia para los de casa, de la banda de Roque Guinart en aquella triste España de la ley del encaje, bajo el reinado del tan piadoso como insubstancial Felipe III, dos veces Habsburgo, como hijo de la cuarta mujer de Felipe II, de la austriaca, de la que siguió a la francesa, como ésta a la inglesa y ésta a la portuguesa.

Sí, las compañías o bandas aquellas, como las naciones de presa y botín hoy, las imperialistas, pueden dedicarse a proteger y explotar a los pueblos incivilizados—o que se les antoja tales—cuando ejercen dentro de sí la justicia distributiva, pero si les falta esta justicia interior, de casa o de casta, nacional, para los propios, ¿cómo van a poder concertar sus empresas? Y en el actual reino de España, señor mío, ni hay justicia ni semejanza de ella. El reino de la España de hoy se asienta en la arbitrariedad, en la clandestinidad y en la injusticia. Y se busca sostenerlo, no en el espí-

ritu de equidad, sino en los cuadrilleros de la nueva Santa Hermandad.

No, no puede tener misión alguna civilizadora que cumplir fuera de sí, sobre otra nación, la que no asienta sobre poyo de justicia su columna interior. Cuando el gobernar se reduce a reprimir, y la política a policía; cuando se alterna la persecución con el soborno; cuando no se hace sino borrones para cuenta nueva; cuando se erige la ley del encaje y junto a ella la del embudo; cuando se pierde por parte de la autoridad el respeto a la personalidad y la dignidad humanas; cuando la frivolidad desde lo más alto del Poder hace de fatalidad, entonces ni Maquiavelo podría cohonestar una empresa como la que el actual reino—que no la nación—de España está empeñando en Marruecos. Ni para ella puede haber unidad de miras y de espíritu. La unidad espiritual no se la da a una nación más que la justicia. Y en España no la hay.

MIGUEL DE UNAMUNO

